

Recuerdo y oración. Comenzamos con tiempo de silencio. Leemos el Evangelio del día y acto seguido compartimos la oración que cada uno ha elaborado durante la semana.

Compartir en grupo. Actitud de oración: compartir ante el otro con la misma sinceridad que si estuviera ante Dios, viviendo su presencia y la experiencia de la iglesia. Materia: la semana, especialmente el tiempo de silencio, como tiempo de contraste para saber cómo vivimos.



Desear a Dios, desear su encuentro.

Dando los primeros pasos.

1. **Un mundo de deseos.** El deseo es una especie de tensión por alcanzar algo, que nos mueve e incita a no quedarnos donde estamos. Nuestro mundo es un mundo que propicia los deseos, pero los convierte en ganas. Por lo que hay que aprender a distinguir en él dos grandes grupos: los inmediatos, los que piden ser satisfechos ya y aquí, sin mediar más, y cuyo alcance nos deja en la misma tesitura de antes; y aquellos que se dilatan más en el tiempo, por ser más profundos, y que precisamente por el hecho de ser incapaces de ser satisfechos ahora y aquí no se agotan con tanto tiempo sino que permanecen.
2. **La grandeza del deseo.** Nos hace reconocernos limitados e insuficientes con nosotros mismos, nos anuncia los límites del egoísmo y de la autosuficiencia. Hemos sido creados para algo, y esto es más que importante. Pero no sólo para algo, sino que tenemos que descubrirnos a nosotros mismos. La grandeza del deseo trata de convertirnos en aquello que satisfacemos, y por lo tanto, de alguna manera alcanza para nosotros aquello que realmente anhelamos. Pero no será ahora, si queremos que el deseo sea grande. No podrá ser totalmente ya. El deseo profundo no se cumple en un instante, sino que se va incrementando a medida que nos acercamos a su final. Y al mismo tiempo, como tantas realidades de nuestro mundo, la grandeza se convierte en debilidad, bien porque no es fácil esperar, bien porque este deseo profundo puede ser, aparentemente, suplido por otros o confundido con otros. Es la diferencia, por ejemplo, entre vocación y trabajo, entre alguien que me quiera y alguien con quien compartir la vida, entre ser escuchado por los demás o ser yo mismo, entre ser fiel cumplidor como cristiano y ser cristiano.
3. **Desear a Dios como Dios me desea.** Para entrar en Ejercicios tengo que desear encontrarme con Dios. En la misma realidad que dialogamos anteriormente, encontrarme con Dios supondrá que Él me asemeje a su propia vida. Esto es lo que supone, con su grandeza, desear a Dios: convertirme en su hijo. Desear a Dios, en nuestra dinámica, tiene que ser sinónimo de alcanzarlo ya, pero no totalmente. Es decir, si desear es alcanzar y convertirme en lo que deseo (por ejemplo, en el amor, en el servicio, en la búsqueda de mi vocación), mis actitudes, mi propia mirada, mis actos... quedarán realmente transformados.

Ejercicio. Desear algo con intensidad supone, y esto hay que aprenderlo, rechazar las falsas imitaciones que pretenden satisfacerme inútilmente, como si pudiera suplirlo. Esto, al mismo tiempo, es igual a ejercitarse en la renuncia. Durante la semana, elegir algo a lo que renunciar que sea significativo para ofrecerme el sentido de lo que es "rechazar" y mantenerme constante en la decisión tomada libre y dialogadamente.

Para la semana.

Palabras para la oración:

- *Is. 55; Sal 63; Sal 42; Sal 139;*
- *1 Re 19,1-15;*
- *Jn 1, 35-42*

Gracia a demandar durante la semana.

- Desear a Dios.

Disposición que favorecer interiormente.

- Escucharme y ponerme en manos de Dios.
- Disponerme para recibir lo que Dios quiera.
- Poner un medio que favorezca la vida en ejercicios espirituales.